

EL TIEMPO DE LAS PIEDRAS

YO SÍ ME ACUERDO, DIJO SEGURA. CLARO QUE SÉ QUIÉN ERES, BALBUCEE. No mientas, atajó ella, Natalia Climbert, como me recordaría enseguida que se llamaba, que se seguía llamando. Sonrió como quien sabe que ha puesto en predicamento a alguien haciéndole una travesura. No te enojés, me propuso ya en abierto tono de juego, salud por tu exposición, chocó el vaso. 1991, le voy a recordar, señor Benítez, porque supongo que ahora he de llamarte así: señor. Entonces, siguió sin dejar de mirarme a los ojos pero sin asomo de agresión, más bien divertida, no eras señor y a lo mejor eso te hacía más divertido: fuiste a Puebla, adelante, camino a Oaxaca, para estar ahí durante el eclipse, ahí nos conocimos, en el desierto, alguna vez mar, en un pueblo olvidado llamado San Juan Raya. Ya me acordé, Natalia, ya sé quién eres. No, no lo sabes, por eso he venido, y volvió a chocar los vasos.

Llegamos a San Juan Raya de milagro. A Sebastián Galindo le pareció fácil pedirle al chofer del camión que nos dejara a la orilla de la carretera y de ahí caminar. Lo hicimos un buen rato, con las mochilas a la espalda y la convicción de que el pueblo no podía estar demasiado lejos. Cierto que no eran las doce del día, hubiera sido el colmo intentarlo a esa hora; rondaban las cuatro, y el sol,

como una loza ardiendo en la espalda nos iba haciendo perder fuerzas rápidamente. ¿Por qué no nos quedamos en Tehuacán a pasar la noche, niños remedo de scouts de izquierda? Reclamó Mónica, y todos, aunque muy liberados, superados y psicoanalizados, de inmediato voltearon a verme, el mensaje era claro: a ver si callas a tu chava, carnal.

Aquel grupo de exploradores bien pudo haber acabado como los sobrevivientes de los no-andes, alimentándonos sólo de sala cactus en este desierto, según el pésimo chiste de Baldomero, quien no conforme con llevar semejante nombre a cuestras, insistía en su "humor baldomeresco", de acuerdo con la precisa adjetivación de Enrique Vera. Al final superamos aquella caminata idiota, los chistes de Baldomero, las quejas de Mónica y más, gracias a que una camioneta Jeep se paró y de ella, en medio de una nube de polvo, descendió un hombre de barba que nos veía con la indulgencia de aquel que ha pasado, en algún momento de su vida, por cosa semejante. Era el padre de Natalia; se presentó: soy Ricardo Climbert, suban a la camioneta, los vamos a llevar antes de que se calcinen o se conviertan en fósiles, bromeó.

Si en la exposición en lugar de acercarse Natalia, enfundada en su overol de marca digno de obrero millonario, su camiseta de Buenos Aires y sus Hush Puppies muy *cool*, hubiera llegado el geólogo Climbert, Ricardo, reconocerlo hubiese sido mucho más fácil. Sentada en el asiento de atrás, lo que encontramos en la camioneta fue a una adolescente que nos miró con cara de fastidio milenario. Era Natalia. Adelante, su mamá, quien luego se hizo famosa y rica como guionista de telenovelas con aires intelectuales que un amigo de su marido empezó a producir hace unos años. Amarramos las mochilas en el techo del vehículo y nos acomodamos lo mejor que pu-

rino, a oírlo, a presenciar la noche más breve de que tengas memoria. Toda una noche en un suspiro, la cuenta de una vida, tú consciencia por encima del tiempo, podría llegar a ser, en tu memoria, luego, la más prolongada, Mónica. Ante semejante exhorto, huelga decir, todos, excepto el chistín de Baldomero y Susana, su novia, guardamos los lentes comprados a un soldador en la colonia Portales.

Tendidos en la alfombra de la sala de mi departamento, hablando a la pared y no a mí, con la ropa esparcida en la penumbra, Natalia volvió a su idea de que la mujer del cuadro era ella. Está claro, ¿no?, dijo, basta observar con detenimiento y verás cómo los rasgos coinciden. En eso tenía razón, al menos en parte. Es cierto: la figura de la mujer desnuda sentada en la silla con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás, dejándose ir —o al revés, agregó Natalia con un guiño para remarcar la broma, dejándose venir—, podría pasar por alguien muy joven, una niña en transición; es cierto, el pelo, el bendito pelo de Natalia, esa marejada de nocturna luz, encontraba eco en el ensortijado de óleo que caía sobre la espalda de la mujer del cuadro; es cierto, la cara, las facciones, el color de tierra de la piel en el cuadro, parecía haberse marcado en el lienzo, como el cuerpo mudo para siempre de los moluscos que encontramos refugiados del tiempo sobre las piedras de San Juan Raya.

Puede ser que hayas sido tú, pero te aseguro que no fue intencional. Eso no te salva, contestó segura de que había ganado la batalla de la memoria. Ahora, continuó, mírame, ¿ves el cuadro dentro de mí? Sí. Mira la mirada de ella, de la mujer. Ya. Así, estoy segura te miraba yo mientras en medio del eclipse besabas a... Mónica, volví a completar. Ahora, bésame otra vez antes de que amanezca. Vi entonces en Natalia, en sus ojos de reful-

gencia inmensa, ese instante de falsa brevedad, ese grano de arena que se escapa del reloj, para instalarse, en un pliegue de la piel, en la rendija de una piedra circular, como una constatación, constelación, como un recuerdo recurrente. Una fracción de la luz atemporal; un haz del tiempo eterno.

Vuelvo a tu mirada traspasante, decidida, de alma de niña asustada, con el temblor de esa pierna que no para, Natalia: me estoy poniendo cursi; Natalia: bésame, bésame pero no cierres los ojos, no permitas que yo los cierre. Me rendí con su cuerpo encima del mío, con su boca estrepitosa matándome de ganas de reventar, con sus piernas trenzadas a mi cuello y en la respiración una herida que escurre entre doble labio. Una silla, dijo, levantando la cabeza, acerca una silla.

Regresamos de aquel viaje en el tiempo luego del eclipse y de que cada quien se aprovisionara de sus fósiles como si se tratara de limpiar de piedras un camino. A cambio de no comprarles, los Climbert dejaron a los paupérrimos pobladores despensas que llevaban preparadas. Nosotros hicimos una cooperación. Salimos como llegamos, en la camioneta del geólogo y su familia. En el camino, entre saltos y la sofocante experiencia de llevar las ventanas cerradas, Ricardo, como insistió en que lo llamaráramos, nos contó que era de Tehuacán y que valía la pena quedarnos ahí por lo menos un día.

Se quedaron en Tehuacán, ¿te acuerdas?, preguntó Natalia casi en cuanto salimos de la galería y enfilamos, sin rumbo preciso, sobre la calle de Campeche. Sí, claro, ¿por? Los dejamos en el hotel. Hotelucho, deberías decir. Está bien, hotelucho. Luego mi papá ofreció que pasaría por aquellos que quisieran acompañarlo al museo de minerología. Sí, la oferta incluía la conferencia magistral. Así es, pasamos por ti, por tu novia... Mónica, Natalia.

Ah, sí, y por un par de amigos más. Y bien. Nada, llegamos y en cada piedra mi papá se detenía como si quisiera, con semejante lentitud, imitar a la propia tierra y lo que le llevó a cada una llegar hasta esta hora, lo cito textualmente. Sigue. Lo que me interesa recordar y recordarte, aunque dudo que lo hayas olvidado, es... ¿Qué? Que en un momento dado, tú y tu novia se separaron del grupo, primero unos pasos y luego de plano desaparecieron. Ya sé a dónde vas. ¿Seguro? No sigas.

Acerqué la silla. Natalia de puso de pie, caminó recogiendo el pelo y se sentó con el cuerpo echado hacia delante y las manos puestas sobre la nuca. El pelo de Natalia, ése su pelo, parecía una caballería marina a tropel, un mar mineral desgajándose cada vez que ella hacía un mínimo movimiento. ¿Puedo fumar? ¿Cómo me preguntas eso? Perdón, es la costumbre, ya ves los gringos y sus psicosis, en Bloomington prácticamente no hay sitio en el que pueda hacerlo. ¿Dónde es eso? En Indiana. ¿Te vas a quedar en México? No, no esta vez. Debo regresar en estos días, pasando los últimos exámenes ya veremos, mis padres insisten. Prendió su Camel y aspiró con lentitud pasmosa, semejante a su gesto dilatado para deshacerse del humo. La humareda formó una línea recta buscando el techo, Natalia incorporó la cabeza. Ven, acércate, siempre queda algo dentro. Me senté de frente sobre sus piernas, de su boca en la mía vino una pequeña ola de humo cálido que su lengua se esmeró en reventar, haciendo su saliva las veces de espuma. Una playa de respiración agitada se estremeció sobre una de las dos únicas sillas que hay en mi departamento.

Sigo, amenazó y cumplió mientras cruzábamos Insurgentes a la altura del Woolworth ya ciertos de que iríamos a mi casa. El caso es que tú y tu novia -en toda la noche, Natalia omitió llamar por su nombre a Mónica, a

estas alturas la respetable esposa de un joven y exitoso ejecutivo de la Bacardí — se escurrieron... Natalia.... Esa es la palabra, Rubén, escurrirse, eso es lo que hicieron, escurriéndose entre las paredes del incipiente museo se transformaron en sombras, cuchicharon, se metieron las manos entre risitas cómplices, se mordieron las orejas, se vieron sabiendo en qué acabaría aquella continencia provocada; al final, cuando ya no pudieron más, tú, con ese mismo bulto que ahora yo te puedo ver... Natalia, por favor... y ella asfixiada de sí, como yo misma en este instante, llegaron hasta uno de los baños. La arrinconaste y ella se dejó; luego ella se hincó, desató una bragueta, sacó un trozo de carne ardiendo y se lo trago como no queriendo devolvértelo nunca, tú ni siquiera pudiste dejarte, ya no estabas ahí; un instante después, ante el temor excitante de que alguien entrara, buscaron un compartimento... ¿Cómo sabes tú todo eso? Porque lo soñé. ¿¡Qué!? No, cómo crees. ¿Entonces?.. Está en tus cuadros. ¿Sigues?.. Está bien, estaba yo ahí, en el baño, en uno de los gabinetes. Tenías doce años, Natalia. ¿Y?, tú 22, qué con eso. Pinche Natalia, qué bárbara, has estado mirándome todo este tiempo. Puede ser, pero es más el tiempo de las piedras, Rubén, y ya ves ahí siguen, ¿me invitas unos tacos? Sólo que vendan tequila, condicioné. Vamos directo a tu casa y en el camino compramos algo, fue su propuesta abrazando mi cintura.

Natalia Climbert, a la que conocí en el lento lugar del raudo tiempo de los mares convertidos en desiertos; a la que amé en el lienzo de la memoria muda; sobre del manto de aceite, bajo el cielo opaco de una ciudad en la que las estrellas carecen de color. Te sigues vistiendo como adolescente. ¿Crees? Por supuesto, mírate. ¿Lo dices también por mi mochila Benetton? Tú dirás, Natalia. Soy más bien una paloma. ¿A qué viene eso? ¿No se acuerda maes-

tro de la letra en oleo? No. Del poema que una de tus amigas cantó en la fogata, la noche antes del eclipse en San Juan. ¿Poema? Sí, el de Alberti, lo supe ya en Bloomington. ¿En alguna clase? Estudio literatura, Rubén, soy además ayudante de investigación de Gustavo Sainz. Orale. Leí el poema hace un par de años y enseguida lo reconocí: Se equivocó la paloma, se equivocaba/ creyó que el mar era el cielo/ que la noche la mañana/ se equivocaba... ¿Y luego? Nunca me olvidé de los versos, de hecho no hubiera importado no saber de quién eran. San Juan sigue siendo un lecho marino disfrazado de yermo, —continuó Natalia presurosa, urgente, como el sonar de un barco que se anuncia al puerto— el agua es el aire y el cielo la máscara marina, las nubes olas, y en el fondo caminan seres extraños en dos pies, los moluscos y caracolas reposan sobre las piedras que resisten el agua sin desmoronarse, el mundo es ancho en San Juan, ¿imaginaste tocar el fondo del mar alguna vez, Rubén, caminar sobre de él, freír ahí una salchicha?

Llegamos con paso lento a mi casa. ¿Te fijas?, me preguntó lista para seguir hablando, tuvimos que traspasar los años. ¿Los diez que nos separan? No seas burdo, Rubén. Venimos del Cretácico, de antes de los dinosaurios y de Spilberg y sus pendejadas. ¿Crees que hubiera sido yo un pintor rupestre? Lo eres, mi querido Benítez. Del desierto al valle, de la miseria a este especie de Montparnasse tercermundista en el que vives, de la carencia de todo al hartazgo de nada. ¿Natalia, de dónde saliste? De la imaginación de tus trazos trémulos, maestro, de recuerdos que te son extraños y de los que yo he venido a hablarte, a decirte que te veas pintando en cuevas de la edad de piedra, repujando metales en la edad de bronce, poniendo nombres en vasijas de la dinastía Yuán, remozando paredes en Cacaxtla, adornando con

colores los cuerpos de dos sacerdotes muertos en Lesotho, escribiendo sobre las piedras de los templos de la India, haciendo copias baratas de Van Dicks en Amsterdam.

La silla cede y el estruendo se convierte en el anuncio de la tempestad. Sacarle los ojos a la paloma, arrancarle la lengua, perforarle el cráneo. Con el pico hace una incisión, araña, hurga por todo mi cuerpo tendido sobre un sillón. Un verso: Creyó que el mar era el cielo/ que la noche la mañana. Natalia Climbert se tuerce, se expande, arrebatada como un viento ardiente que no nace de ningún lado, que no va a parte alguna, que está ahí, detenido. ¿Qué tienen las palomas en las patas? ¿Garras? Natalia se prende de mi estómago y camina sobre de él, picotea comunicando una especie de quejumbre, de hojas secas bajo los pies, expande las alas sólo para con ellas tapar mis ojos.

"La lentitud de la tierra", se llama el cuadro en el que ella asegura que se encontró. Por supuesto que cuando le puse el título, y después cuando junto con María Azúnsolo, la directora de la galería, lo escogimos para titular la exposición, no estaba en la mente de ninguno de los dos, ni dinosaurios ni cosa por el estilo. No recuerdo lo que le dije a Natalia para explicarle lo del título. En la urgencia mía de ella, seguramente, entre tequilas, participé de la confabulación de ese orden secreto que las cosas guardan y que cuando asoma, cuando le da la gana y saca la nariz, provoca que la gente se encuentre. Es el polvo que se remueve de ese orden que vive dentro de las cosas, el que provoca, al revés de lo que le pasó a la Bella Durmiente, que a la gente se le vaya el sueño, se sienta dispuesta y halle en otra mirada el deseo de la suya, el llamado del encuentro.

La noche se alarga, tanto, dice Natalia Climbert, como en la dilatada existencia de antes de la vida. San

Juan Raya, ¿verdad? Sí, San Juan y sus piedras en un acantilado del tiempo. Termina pronto, me pide, deja las raíces del mar en la profundidad. Su cuerpo es una celada, puede ser. La indagación, la inundación, la irrigación de los sentidos. La miro enroscada desplazarse por el cielo-suelo; se levanta. Miro: dunas coronadas de un botón solar en medio de su piel color avena. Natalia emerge del fondo de un pozo de óleos, disfrazada en el delgado pelo de camello de los pinceles. Las rodillas sobre el piso, ¿una plegaria? Se enconcha boca abajo, con las nalgas de tierra firme, culminando la cadera encorvada, el punto más alto de un sol que declinará hacia la profundidad de lo ancestral.

Entra, pide y ordena, muerde la orilla de mi nombre en la penumbra, descubre una isla serpentina que flota entre ambos muslos. En una fracción de segundo, quedamos detenidos uno del otro, suspendidos en la escritura de una tinta íntima vertida sobre lo más oscuro, cálido y póstumo de su piel. Es una despedida, alcanza a decir, antes de que un ronroneo, ¿otra vez la paloma?, se apodere de su voz.

En el anverso de la noche oscura, Natalia voltea su cuerpo, ya es la luz, los primeros rayos. Natalia se hace imperecedera en la escritura carnal. Se levanta, camina, ronda el departamento. Va al librero. Aquí está, lo sabía, asegura mientras levanta uno de los fósiles que tengo desde el eclipse del 91. Mira la piedra, la pasea por su cuerpo. A pesar de la refriega amorosa, parece intacta, libre de todo surco, de toda marca. La tiene fuertemente agarrada, la roca a ella, ella a la roca. De pronto, entre la somnolencia alcanzo a distinguir que se ha puesto el fósil de corazón, ¿de coraza?, puedo preguntarle, no lo hago. Ay, Natalia, déjate de cosas, ven por favor, vamos a dormir. En un minuto, Rubén, sólo un minuto, responde ta-

jante. Su mano acaricia, mece la piedra y ésta ya viaja por el pecho, acaricia, rasguña los senos, muerde los pezones en guardia de Natalia. Se detiene en la entre pierna. Estoy seguro de que ahí va a parar.

De lo que luego vi, diré que para mí duró un instante, pero que bien pudo haber dilatado todo un día, toda una noche. ¿Quién sabe sobre el tiempo? ¿Sobre la verdadera duración de las cosas? ¿Por qué a la prisa del tiempo le urge siempre escamotearnos lo que recién ha ocurrido, qué esconde detrás de su vértigo inútil? Si antes de Natalia Climbert me jactaba de tener pocas respuestas, luego de su partida tengo aún menos, casi ninguna. ¿Será, como lo dijo ella antes de irse que la única manera de ganarle una, una sola y no más, partida al tiempo sea aniquilar el miedo a la sinrazón?

Caminó hasta su mochila, la Benetton negra de la que horas antes me había burlado. ¿Y eso?, cuestiono aún jugando a que todo está bien y que pronto dormiremos. Mañana hay un eclipse. ¿De veras?, le respondo sacando entusiasmo de la nada. Mejor dicho, al rato hay un eclipse. Qué coincidencia, digo. Tal vez no lo sea. ¿Cómo? No importa, Rubén, si es o no el azar.

Detén el fósil, dice. Obedezco; hace tiempo que no lo veo con calma: es un molusco, los años engarzados a la cuenta por millones; una caracola; un trozo de Natalia encajado... un cutter, eso es lo que tiene en la mano, ¿cómo han podido agazaparse a la falta de sentido de todo futuro?, saca la punta, ¿qué vas a hacer Natalia?, ya verás, no mames, hija, ¿qué pretendes?, con eso no se juega, hablas como un papá, no te azotes güey, no soy tu papá, pero no se vale, calma, maestro, no me voy a cortar las venas, ¿entonces?, responde actuando: un leve corte que no es suficiente; al segundo corte la sangre brota, borbotones de sangre tinta; el fósil, Rubén, pásame la piedra; allá va,

Natalia la sostiene debajo del vacío de su entre pierna, sobre la húmeda flor marina que une y separa sus muslos, donde escasea el vello ensortijado, negrísimo, ahí un riachuelo de sangre, apurado por los dedos que aprietan la piel vecina, corre, fluye, permanece hasta quedar sobre la piedra.

Natalia concluye la tarea, la parte en la que aparece la silueta del molusco petrificado ha quedado pintada, es ahora una suerte de pieza de barro mal cocida. Me quedo estupefacto, ¿qué onda, hija, qué te traes?, alcanzo a musitar entre aturdido y excitado por el espectáculo. Me ha vuelto la erección, tal vez mayor a las anteriores, pero soy incapaz de acercarme a Natalia cuando ella me anuncia que se va a dormir. Camina hasta el dormitorio, todavía en el trayecto quedan un par de manchitas rojas, como para que ahora llegara un detective, pienso de modo idiota. Natalia, la exniña Climbert, se tira desnuda sobre la cama que tiene tres días sin tender. Adiós, Rubén, la herida no está en ningún lado, no te alarmes, es sólo una llaga en un doblez del tiempo.

No me quedo tranquilo hasta que oigo que Natalia ronca, por fin se ha dormido. ¿Qué hago? A mí se me ha escapado el sueño. ¿Me pongo a pintar? ¿Y si luego no puedo dejar de pintar Natalias, si me vuelvo una especie de Martho Chapa, sólo que de mujeres que se sangran la vulva? No seas imbécil, estás aterrado y te mueres de ganas de volvértela a tirar, pésima combinación. En serio, sigo discutiendo solo: ¿si luego me da por pintar sólo Natalias? Doy unos pasos hacia el estudio, no llego ni al corredor.

Abro la ventana que da al patio interior del edificio, una mujer tiende unas sábanas blancas, dos niños se corretean con una pistola de agua. De pronto, la señora y los niños se han quedado congelados, el cielo se nubla,

enseguida se oscurece, los niños intentan mirar hacia el cielo, la mujer los regaña y disuade jalándoles el pelo, ellos obedecen, qué remedio, yo tampoco volteo hacia arriba, a lo lejos, del parque de enfrente, se oye cómo se consume en un instante el canto crepuscular de algunos pájaros, o puede que sean palomas.

La noche breve no alcanza ni siquiera un suspiro antes de que la luz la vuelva a desgarrar. Natalia tenía razón, habría un eclipse. Este pasó sin que yo la despertara, conmigo parado en la ventana de la sala, mirando hacia ningún lado. Después, cuando el mundo se recuperó del sobresalto temporal, fui a echarme sobre el sofá muerto de sueño. A lo lejos poco a poco dejé de oír el roncar de Natalia en el cuarto.

Me quedé dormido sin sentirlo. Cuando desperté, Natalia no estaba más en la casa. En el librero, puesto en su lugar, en su remoto sitio, quedaba el fósil.

Es la hora, todavía hoy, que los rayos de luz entrando por la ventana hacen ver a la piedra como un trozo de espejo sobre el desierto, consagrada a su roja luminosidad atemporal, río seco de sangre y sed. Mientras afuera, a la orilla del tiempo de las piedras, un sol ciego insiste, cada noche, en tender su red sobre un falso mar de silencio. Natalia, yo sí me acuerdo.